



Meyibó

REVISTA DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

AÑO 4, NÚM. 8, JULIO-DICIEMBRE DE 2014



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
Instituto de Investigaciones Históricas
Tijuana, Baja California, México





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

Dr. Juan Manuel Ocegueda Hernández
Rector

Dr. Alfonso Vega López
Secretario general

Dra. Blanca Rosa García Rivera
Vicerrectora Campus Ensenada

Dr. Ángel Norzagaray Norzagaray
Vicerrector Campus Mexicali

Dra. María Eugenia Pérez Morales
Vicerrectora Campus Tijuana

Dr. Hugo Edgardo Méndez Fierros
Secretario de Rectoría e Imagen Institucional

Dr. José Alfredo Gómez Estrada
Director del Instituto de Investigaciones Históricas



CONSEJO EDITORIAL

- IGNACIO ALMADA El Colegio de Sonora
SALVADOR BERNABEU Escuela de Estudios Hispano-Americanos,
Sevilla, España
MANUEL CEBALLOS El Colegio de la Frontera Norte, Tamaulipas
MARIO CERUTTI Universidad Autónoma de Nuevo León,
Facultad de Economía
IGNACIO DEL RÍO † UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas
PAUL GANSTER San Diego State University
Institute for Regional Studies of the Californias
EVELYN HU-DE HART Brown University History Department
MIGUEL LEÓN-PORTILLA UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas
CARLOS MARICHAL El Colegio de México
MICHAEL W. MATHES † Universidad Autónoma de Baja California,
Doctor Honoris Causa
SERGIO ORTEGA NORIEGA UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas
DAVID PIÑERA Universidad Autónoma de Baja California,
Instituto de Investigaciones Históricas
CYNTHIA RADDING University of North Carolina,
Department of History
BÁRBARA O. REYES The University of New Mexico,
Department of History
MIGUEL ÁNGEL SORROCHE Universidad de Granada, España
MARCELA TERRAZAS Y BASANTE UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas
PAUL VANDERWOOD † San Diego State University



DIRECTOR

Jesús Méndez Reyes.

COMITÉ EDITORIAL

- ARACELI ALMARAZ El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana
FÉLIX BRITO RODRÍGUEZ Universidad Autónoma de Sinaloa
JÜRGEN BUCHANAU University North Carolina Charlotte,
Department of History
SERGIO ANTONIO CORONA Universidad Iberoamericana Torreón
ROBERT CHAO ROMERO University of California Los Angeles,
César E. Chávez Department of Chicana/o Studies
MOISÉS GÁMEZ El Colegio de San Luis
RICHARD GRISWOLD DEL CASTILLO San Diego State University,
Department of Chicana and Chicano Studies.
HILARIE J. HEATH Universidad Autónoma de Baja California,
Facultad de Ciencias Administrativas
JESÚS HERNÁNDEZ JAIMES Universidad Nacional Autónoma de México
MARÍA DE JESÚS LÓPEZ † Universidad Autónoma de Sinaloa
MARIO ALBERTO MAGANA Universidad Autónoma de Baja California,
Instituto de Investigaciones Culturales
MARTHA ORTEGA SOTO Universidad Autónoma Metropolitana,
Unidad Iztapalapa





COMITÉ EDITORIAL

ROSA ELBA RODRÍGUEZ TOMP Universidad Autónoma de Baja California Sur
JUAN MANUEL ROMERO GIL Universidad de Sonora
JUAN LUIS SARRIEGO RODRÍGUEZ Escuela Nacional de Antropología e Historia,
Chihuahua
ERIC SCHANTZ University of California Los Angeles
ANDREA SPEARS Universidad Autónoma de Baja California,
Facultad de Ciencias Administrativas
LAWRENCE D. TAYLOR El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana
DENÍ TREJO BARAJAS Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo,
Instituto de Investigaciones Históricas
CARLOS MANUEL VALDEZ DÁVILA Universidad Autónoma de Coahuila

COMITÉ EDITORIAL INTERNO

Norma del Carmen Cruz González, José Alfredo Gómez Estrada, Lucila del Carmen León Velasco, Ramiro Jaimes Martínez, Jorge Martínez Zepeda, Antonio de Jesús Padilla Corona, Rogelio Everth Ruiz Ríos, Marco Antonio Samaniego López, Leticia Bibiana Santiago Guerrero[†], Catalina Velázquez Morales

EDITOR: José Alfredo Gómez Estrada.

FORMACIÓN Y DISEÑO DE INTERIORES: Paulina Wong Hernández.

Meyibō. Revista de Investigaciones Históricas, Año 4, Núm. 8, julio-diciembre de 2014, es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Baja California, a través del Instituto de Investigaciones Históricas. Calzada Universidad 14418. Parque Industrial Internacional. Tijuana, Baja California, México. C.P. 22390. Teléfono y fax: (664) 682-1696, meyibo2010@gmail.com, www.iih/tij.uabc.mx/historicas/home.php. Editor responsable: Jesús Méndez Reyes. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2014-031218020000-102, otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor; ISSN 0187-702X. Certificado de licitud de título y contenido en trámite. Impresa por RR Servicios Editoriales, José María Larroque 1475, col. Nueva, C.P. 21100, Mexicali, Baja California, tel. (686) 582-2825. Este número se terminó de imprimir en marzo de 2015, con un tiraje de 300 ejemplares.

Los artículos firmados son responsabilidad de su autor.

Se autoriza la reproducción total o parcial de los materiales publicados, siempre y cuando se cite la fuente.



Revista *Meyibó*
[temporada de cosecha]

AÑO 4, NÚM. 8, JULIO-DICIEMBRE DE 2014

CONTENIDO

ARTÍCULOS

- 7** Homenaje a W. Michael Mathes.
Presentación del número 8
LUCILA DEL CARMEN LEÓN VELAZCO
- 13** Baja California: a Crucial Turning Point
for Junípero Serra
ROSE MARIE BEEBE Y ROBERT M. SENKEWICZ
- 39** Los libros de misión en la Baja California: fuentes
históricas y patrimonio mueble
MARIO ALBERTO MAGAÑA MANCILLAS

ENSAYOS

- 75** Protagonistas de la exploración y colonización
de la península de California. Una revisión de la
Colección “Californiana”
**ROSA ELBA RODRÍGUEZ TOMP Y
ROSSANA ALMADA**

FUENTES PARA LA HISTORIA

- 103** Gálvez y la posteridad: la oración fúnebre
“el Josef sin segundo en España” (1789)
SALVADOR BERNABÉU ALBERT

RESEÑAS

- 159** Jorge E. Traslosheros y Ana de Zaballa Beascochea,
*Los indios ante los foros de justicia religiosa en la Hispanoamérica
virreinal*, México, Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
ANTONIO JAIR LÓPEZ SÁNCHEZ
- 165** Ramón Manuel Pérez Martínez y Aarón Grageda Bustamante,
*Las dos historias de Pedro Porter Casanate, explorador del Golfo
de California. Estudio y edición de dos relaciones manuscritas del
siglo XVII*, México, El Colegio de Sonora, Universidad de Sonora,
2012. **ABRAHAM URIBE NÚÑEZ**



PROTAGONISTAS DE LA EXPLORACIÓN
Y COLONIZACIÓN DE LA PENÍNSULA
DE CALIFORNIA. UNA REVISIÓN DE
LA COLECCIÓN “CALIFORNIANA”

Rosa Elba Rodríguez Tomp

Rossana Almada

Cuerpo Académico Cultura y Comunicación
Universidad Autónoma de Baja California Sur

RESUMEN

 

Es incuestionable la importancia que tienen los documentos que nos hablan de ese periodo en el cual las tierras primero imaginadas y luego vislumbradas van mostrando sus escenarios que siempre serán descifrados de manera diversa, según las circunstancias y los actores. Investigadores como Michael Mathes contribuyeron con su trabajo de recopilación documental a mostrar las innumerables caras que pueden adoptar los protagonistas de esos episodios de descubrimiento y exploración cuando son perfiladas por quienes hacemos interpretación histórica y antropológica. En este trabajo se analizan algunas de las formas en que el encuentro entre culturas distintas va construyendo nuevas formas de realidad social con base en la serie documental que con el nombre de “Californiana” apareció en nueve volúmenes, que han sido fundamentales para entender ese periodo de la historia de las Californias, en general, y de la península de Baja California, en particular.

Palabras clave: Exploración, conquista, interpretación, comunicación, tipificación.

INTRODUCCIÓN.

La fuente principal de la interpretación histórica son los documentos. Textos producidos en múltiples tiempos y circunstancias que tienen el poder de transportarnos con la imaginación a las distintas racionalidades y estrategias puestas en marcha por individuos o colectividades en el pasado y que, a pesar de la distancia, siguen siempre patrones que nos son familiares, porque, desde los primeros reportes escritos, son siempre actividades humanas, es decir, cercanas a nosotros, las que quedaron en ellos asentadas. Aunque en épocas recientes ha habido serias discusiones académicas en las que se pone en duda la separación tajante entre el objeto de conocimiento histórico y la conciencia subjetiva de los autores, el abordaje de un documento es siempre una aventura interesante porque pone a dialogar a dos mundos: el que origina el escrito y el de su lector. Es por ello que las colecciones documentales realizadas con la mira en un proceso histórico de carácter regional han sido siempre de gran valor para los interesados, que pueden a partir de su acceso a ellas revisar ese proceso y seguir reflexionando al respecto. Queremos referirnos en esta ocasión a un *corpus* documental que abarca más de un siglo de noticias y testimonios que tienen como tema central el descubrimiento y la exploración de una región del planeta nombrada California. Dicha colección de documentos fue reunida por el historiador Michael Mathes y publicada en Madrid entre los años 1965 y 1974.¹ De más re-

¹ Michael Mathes (comp.), *Californiana I. Documentos para la historia de la demarcación comercial de California, 1583-1632*, 2 vols., Madrid, José Porrúa Turanzas Editor, 1965; *Californiana II. Documentos para la historia de*

sulta afirmar que estas publicaciones han sido fundamentales para la investigación del noroeste de México y de la Baja California en particular.

A partir del influyente texto de Paul Ricoeur, la disciplina de la historia ha tenido que reconocer que todas las construcciones historiográficas están basadas en los mismos elementos que gobiernan a cualquier relato,² es decir, que los protagonistas de un hecho histórico no se alejan, en su construcción, de los personajes de una ficción, de la misma manera que los procedimientos explicativos utilizados por el historiador siguen una lógica causal que no se distancia de la novela mas que por el uso de las fuentes. Es por ello que cuando nos acercamos a los relatos de exploradores y colonizadores del árido territorio del norte de México encontramos una riqueza insospechada, que se deriva del hecho de que, como narraciones que sirven de base para la reconstrucción histórica, están llenos de posibilidades. El lenguaje, las relaciones de poder, la forma como el sujeto se inscribe en el orden de la naturaleza que lo rodea, son solo algunos de los elementos que pueden ser analizados con gran provecho desde el punto de vista del historiador. Todo ello, sin dejar de reconocer que las prácticas sociales que se atisban a partir de la lectura de una producción escrita, están siempre gobernadas por mecanismos y relaciones desconocidos por los sujetos y que tal vez la relectura de tales escritos a través de la distancia que provee el tiempo puede dar diferente luz a los acontecimientos narrados.

la explotación comercial de California, 1611-1679, 2 vols., Madrid, José Porrúa Turanzas Editor, 1970 y *Californiana III. Documentos Para la historia de la transformación colonizadora de California, 1679-1686*, 3 vols., Madrid, José Porrúa Turanzas editor, 1974.

² Paul Ricoeur, *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI Editores, 1995.

LAS MÚLTIPLES CARAS DE LOS PROTAGONISTAS.

Sin duda, toda actividad humana está sujeta a la habituación. Esto implica que cualquier acción puede volver ejecutarse una y otra vez de la misma manera y con idéntica economía de esfuerzos.³ En un lugar tan aislado como debe haber sido la California mostrada por Mathes, los exploradores encontraron formas de habituación extrañas a ellos, por tanto, las tipificaron y las sometieron a un interesante proceso de deconstrucción – reconstrucción; si lo pensamos en términos de Edgar Morin⁴ y la teoría de la complejidad podríamos considerar que estamos frente a un proceso orden – desorden – organización o quizá deberíamos decir reorganización.

Uno de los aspectos más interesantes que saltan a la vista al examinar los documentos producidos en torno a la exploración y colonización de la Antigua California es el de los protagonistas de esas empresas. Algunos de ellos son muy conocidos por haber sido objeto de innumerables interpretaciones históricas, sin embargo, cuando leemos reportes escritos por su propia mano podemos establecer una serie de sorprendentes conclusiones que tienen que ver, tanto con sus observaciones como con el imaginario del que provienen y que los autoriza para afirmar tal o cual cosa del mundo nuevo al que se enfrentan, pues, como establece Tzvetan Todorov: “un hecho pudo no haber ocurrido, contrariamente a lo que afirma un cronista determinado. Pero el que éste haya podido afirmarlo, que haya podido contar con que sería aceptado por el público contemporáneo, es algo por lo menos tan revelador como la simple ocurrencia de un acontecimiento, la cual,

³ Peter Berger y Thomas Lukmann, *La Construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, pp. 72 – 89.

⁴ Edgar Morin, *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa, 2007, pp. 85 – 111.

después de todo, tiene que ver con la casualidad".⁵ Tomemos el ejemplo de Sebastián Vizcaíno.

Habiendo sido encargado en dos ocasiones por la Corona española para la exploración del litoral californiano,⁶ este experimentado hombre de mar fue uno de los primeros en relatar sus experiencias con los nativos peninsulares, quienes, por haberse manifestado pacíficos originaron la imposición del nombre de La Paz a la bahía que Cortés había denominado de Santa Cruz.⁷ Dado que las habituaciones son representadas en acciones concretas y retienen, por supuesto, el carácter significativo para el individuo, la mansedumbre de los nativos no impidió que Vizcaíno los tipificara como gente "bestial y bárbara" cuyo lenguaje parecía más "balido de carneros que habla de gentes".⁸ En las expresiones del explorador vemos con claridad la forma en la que las prácticas y las representaciones desencadenadas por el descubrimiento y la conquista de América, en general, y de la Antigua California, en particular, legitimaban el sentimiento de superioridad de los conquistadores y la violencia simbólica y física ejercida sobre las poblaciones originarias.

Es también de gran importancia la información antropológica que los documentos originados en el contacto de los exploradores europeos con los grupos de cazadores-recolectores que habitaban aquella región pueden proporcionar para complementar el registro arqueológico. Para los actuales interesados

⁵ Tzvetan Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI Editores, 1995, p. 60.

⁶ Para un relato de los viajes de Vizcaíno véase Ignacio del Río, *A la diestra mano de las indias. Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, pp. 28-34.

⁷ Michael Mathes, "Las Californias: descubrimiento, exploración e intentos de colonización, 1533-1668", en Catalina Velázquez Morales (coord.), *Baja California. Un presente con historia*, Mexicali, B. C., Universidad Autónoma de Baja California, 2002, tomo 1, p. 70.

⁸ Michael Mathes (comp.), *Californiana I. Documentos para la historia de la demarcación comercial de California, 1583-1632*, 2 vols., Madrid, José Porrúa Turanzas Editor, 1965, vol. 1, p. 264.

en los pormenores del desarrollo tecnológico de los indígenas peninsulares resulta importante saber que contaban con “arcos y flechas y varas tostadas cuyas puntas son a manera de dardos...”⁹, y, sin embargo, la comunicación que pudieron haber tenido con esos extraños genera dudas, puesto que resulta poco creíble la afirmación de Vizcaíno de que les dio a entender “por señas que veníamos a ser sus amigos y preguntéles si querían que estuviéramos en su tierra”. Sin embargo, la respuesta indígena fue, al parecer, favorable, ya que sigue el explorador: “Hiciéronnos señas que sí y que fuésemos a sus rancherías donde nos darían de lo que tenían”.¹⁰

Las diferencias entre los recién descubiertos pobladores de la bahía de La Paz y aquellos con los que se topó nuestro explorador un poco más al norte (27 grados de latitud) también son para los actuales lectores información interesante, tanto en lo que respecta a la apariencia, pues sutilezas como las diferencias corporales permiten hablar de un importante grado de variabilidad entre los grupos encontrados, como en cuanto a la habilidad de algunos para construir embarcaciones, de las que Vizcaíno afirma haber visto “cinco piraguas que eran como unas balsas hechas de carrizos muy bien trabadas y fuertes, y en cada una de ellas 3 o cuatro indios con sus arcos y flechas. Algo más pequeños de cuerpo y mucho más ágiles que los primeros pero desnudos como ellos”.¹¹ Lo anterior, permite subrayar el hecho de que, pese a estar en una condición desventajosa frente al europeo, se trataba de una sociedad organizada; de hecho, la construcción de embarcaciones, la posibilidad de navegación, incluso la caza y la recolección, ya hablan de una división del trabajo social y de la institucionalización de algunas actividades, pues como afirman Berger y Lukmann,¹² las

⁹ *Ibid.*

¹⁰ *Ibid.*, p. 265.

¹¹ *Ibid.*, p. 270.

¹² Berger y Lukmann, *La construcción*, 2006, pp. 72-89.

acciones son institucionalizadas cuando se establece que sean realizadas por actores determinados. En este caso, Vizcaíno encuentra un grupo originario dedicado, al parecer, específicamente a la pesca. Desde luego, las instituciones implican historicidad y control; en ese sentido, la navegación y la pesca son actividades que en diferentes sociedades han sido transmitidas de generación en generación, por tanto, es posible afirmar que estos grupos estaban viviendo su propio proceso de evolución cultural, pero el encuentro con los europeos fue cambiando el rumbo del proceso hacia caminos insospechados por los naturales. Sin duda, por ejemplo, la insistencia de Vizcaíno y de otros exploradores, en tipificar negativamente la desnudez de los nativos, estaba ligada, entre otros anclajes culturales, a la idea del pecado original, propia de las sociedades católicas; sin duda, para los indios californios el hecho de cubrir o no sus cuerpos estaba más relacionado con el clima, pues la noción de pecado llegó a estas tierras con los conquistadores; las tipificaciones recíprocas se construyen en el curso de una historia compartida, no pueden crearse en un instante. Las instituciones siempre tienen una historia, de la cual son productos.

Por documentos adicionales conocemos la importancia que tuvieron los viajes de Vizcaíno en la demarcación y nomenclatura de la costa exterior de la península y de la porción continental ahora en posesión de los Estados Unidos,¹³ pero la violencia con la que se establecieron desde el inicio las relaciones interculturales durante esos viajes llegan a nosotros de manera elocuente a través del relato de un desafortunado episodio en el que, a pesar de que los nativos se habían comportado muy amigables y habían suministrado pescado "muy bueno y todo con mucho contento", el capitán sintió que algo no andaba bien y ordenó a su gente retirarse del campamento poco a poco y con sigilo, cuando, de repente:

¹³ Mathes, "Las Californias", 2002, pp. 70-71.

Vimos caer en medio del escuadrón algunas flechas y volviendo el rostro vimos hasta cien indios que nos venían flechando por las espaldas. Mandé hacer alto y volverles las caras y para espantarles les hice disparar cuatro arcabuces por alto. Como ellos vieron que nuestras armas no hacían daño, aunque se asustaron con el tronido, volvieron luego a flecharnos con mayor ímpetu; entonces les mandé [a los soldados] disparar los arcabuces bajando la mano y de esta vez cayeron tres muertos en tierra y otros, no sé cuántos, quedaron heridos, con que todos juntos volvieron huyendo y nosotros nos venimos poco a poco a donde estaba la chalupa de nuestro navío.¹⁴

No conformes con el resultado de esa confrontación, nos cuenta el líder de la expedición que algunos soldados se quedaron esperando un segundo viaje de la chalupa hacia la nave, porque querían “matar primero no se [a] cuantos indios cada uno de ellos y en estos pareceres se detuvieron cerca de una hora sin que las voces que yo les daba del navío y los apercebimientos que les hice fuesen parte para retirarlos a tiempo”.¹⁵ Fue muy de lamentar el suceso, pues, continúa la narración: “en esto, por un cerro abajo asomaron más de quinientos indios con sus arcos y flechas dando grandísimos alaridos... en la desbandada [provocada por el miedo] se acostaron [los soldados] por un lado de la chalupa y la voltearon, ahogándose diecinueve hombres y seis escaparon heridos de flechas y piedras y llegaron nadando al navío”.¹⁶

Desde luego, es de notar que se trataba de dos grupos de personas cuyos hábitos se habían construido en mundos sociales muy diferentes; pese a que Berger y Lukmann¹⁷ suponen que en estos casos pueden surgir procesos de tipificación

¹⁴ Mathes (comp.), *Californiana I*, vol. 1, p. 271. En otras versiones del relato se aclara que lo que motivó la ira de los indígenas fue el que un soldado arrebatara algún objeto a uno de ellos.

¹⁵ Mathes, “Las Californias...”, 2002, pp. 70-71

¹⁶ Mathes (comp.), *Californiana I*, vol. 1, p. 272.

¹⁷ Berger y Lukmann, *La construcción*, 2006, p. 89.

recíproca seguida de intercambios culturales y finalmente una forma de complementariedad cultural de manera pacífica, en la realidad, dichos encuentros suelen ser conflictivos e incluso violentos, como en el caso que nos ocupa; el europeo debe haber sido para los indios un "otro" que produce miedo, desconfianza, incertidumbre. El miedo surge cuando aparece una amenaza, y como podemos observar en el relato, los indios no estaban equivocados en esa apreciación, por tanto, si las cosas ocurrieron tal como el relato lo describe, posiblemente consideraron necesaria una defensa preventiva ante lo que se avecinaba.

La narración de Vizcaíno es una de las primeras que tenemos de esos encuentros que estaban llenos de malos entendidos y confusiones; pero la obra que estamos analizando es muy abundante en ellos. Tomemos otro ejemplo, el del memorial del capitán Nicolás de Cardona sobre sus descubrimientos y servicios en la Antigua California. Era este uno de los muchos aventureros que, por su cuenta o contratados por empresarios que habían conseguido permiso de la Corona española, intentaban ampliar el escaso conocimiento que se tenía de la geografía californiana en el siglo XVII, pensando, por supuesto, más en su provecho que en el de las arcas reales.

Había zarpado nuestro personaje de Acapulco en 1615 con intenciones de encontrar no solamente información, sino alguna riqueza con la cual justificar los gastos de sus empleadores,¹⁸ pero en sus escritos no deja de reconocer que sentía, como todos sus coterráneos, la responsabilidad moral de alejar a los nativos de lo que se creía era el dominio del Demonio sobre aquellos nativos con los que se topaba. Así lo expresa en su memorial a propósito de los habitantes de la bahía de La Paz: "Los naturales es gente muy dócil, fácil de reducir de paz y a nuestra Santa Fe, y esto se ha reconocido porque de ordinario vienen a ver misa, donde se hincaban de rodillas y hacían las

¹⁸ Mathes, *Las Californias*, 2002, p. 71.

demás ceremonias que nos veían a los cristianos”.¹⁹ Es digno de reflexión el comentario de Cardona; de acuerdo con Berger y Lukmann²⁰ cuando dos personas o grupos de personas provenientes de culturas distintas y, por ende, con formas diferentes de representar la realidad, se observan unos a otros y atribuyen motivos a los actos que el “otro” realiza; en la medida que el acto se repite, el observador pronto estará en condiciones de decirse: “ya vuelve a empezar” y podrá suponer que ese “otro” está haciendo lo mismo con respecto a él. Desde un principio, ambos supondrán esta reciprocidad en la tipificación. En el curso de su interacción, estas tipificaciones se expresarán en pautas específicas de comportamiento; o sea que ambos empezarán a desempeñar roles uno del otro, lo que ocurrirá aun cuando cada uno siga ejecutando actos diferentes de los del otro. Lo anterior nos permite imaginar las múltiples caras del contacto intercultural, en el que los nativos, con mundos simbólicos enteramente distintos, tratan de reproducir actitudes y conductas seguramente con significados totalmente diferentes del sentido que los extranjeros les daban.

Del mismo documento extraemos una afirmación que nos permite comprender que esos memoriales tenían intenciones claras de atraer la atención de las autoridades para que se estimularan los viajes de exploración y conquista, aun a costa de mentir o exagerar en la exposición de los resultados obtenidos. Nos dice el explorador:

Tienen muchas poblaciones la tierra adentro, y se gobiernan por rey y cacique, y todos reconocen vasallaje a una mujer, que ellos decían era muy alta, y la pagaban tributo de perlas, plata y oro y ámbar y otras drogas odoríficas que produce la tierra, y que de estos tributos tenía un gran templo lleno, cuya riqueza no se sabe numerar,

¹⁹ Memorial de Nicolás Cardona, en Miguel Mathes (comp), *Californiana II, Documentos para la historia de la explotación comercial de California, 1611-1679*, 2 vols., Madrid, José Porrúa Turanzas Editor, 1970, vol. 1, p. 60.

²⁰ Berger y Lukmann, *La construcción*, 2006, pp. 79-82.

y así lo certifican los indios de quien nos informamos, cuya lengua tiene casi los mismos acentos que la de la Nueva Vizcaya.²¹

Resulta muy interesante imaginar que a pesar de las dificultades con las que corrían las noticias en esa época, los interesados en los viajes podían obtener información sobre los aventureros que los habían precedido y tomaban precauciones o hacían planes al respecto. Cardona conocía el desafortunado episodio en el que Vizcaíno había perdido parte de su tripulación a manos de un grupo de beligerantes nativos y hace un recuento de los hechos estableciendo la responsabilidad de los extranjeros, pues afirma que la tragedia se desencadenó: "por no haberse llevado bien con los indios, o por algún desmán que tuvieron sus soldados con ellos". De cualquier modo, sigue su relato, la muerte de 30 hombres a manos de los nativos fue el precio que tuvo que pagar Vizcaíno, y agrega un dato curioso y ciertamente macabro, cuando dice que localizó en la playa los restos de la barcaza y asegura: "tuve en mi mano cinco cabezas de cristianos que los indios tenían guardadas como memoria de su victoria".²² No nos cabe duda de que el recordatorio de la desgracia no es gratuito, pues Cardona lo aprovecha para asegurar que él sí logró establecer una relación cordial con los belicosos: "nosotros, procurando atraerlos no disparamos ni un arcabuz, pero viéndonos acosados les echamos dos perros alanos que los pusieron en gran temor y en huida y desta refriega solo salí herido de un flechazo y luego procuré reducirlos a paz y lo quedaron, como adelante se dirá".²³ Lo que después relata es también interesante, pues nos confirma en la idea de que las observaciones que los viajeros hacían, aunque cargadas de intención, y más allá de la convicción de superioridad que los europeos siempre manifestaban con respecto a los naturales

²¹ Mathes (comp), *Californiana II*, vol. I, p. 60.

²² *Ibid.*, p. 259.

²³ *Ibid.*, p. 249.



del continente americano, contenían datos que, si se recogen con cuidado, aportan al conocimiento de los grupos cazadores-recolectores que poblaban la península de California: “...nos volvieron las espaldas, con lo cual los trujimos de paz, y al otro día vinieron a oír misa con muchos dellos, a correr y luchar, que en esto y en pescar se ejercitan”.²⁴

NOTAS SOBRE LA RELACIÓN INTERCULTURAL

En las relaciones hispano-indígenas que podemos advertir a través de la rica documentación contenida en la colección “Californiana”, abundan los ejemplos de encuentros pacíficos y hasta amistosos; pero pocos tan elocuentes como el que narra Diego de Nava, vicario de la expedición de Francisco de Ortega a la península de California.

Algunos de los indios se nos vinieron acercando, cinco de ellos, y haciéndome de la mano en señal de paz me dijeron “utere”, “utere”, palabra que parece quisieron decir con otras acciones, siéntate, o cosa semejante; el resto de los indios que habíamos visto, que serían más de cincuenta, se estuvieron apartados como [a] un tiro de piedra, con mucha quietud, sin demostración de alboroto; con cuya consideración hice sacar de la fragata algunas cosas de las que llevábamos y las di a los dichos indios, de que mostraron mucho agradecimiento y me dijeron “payro”, poniendo la mano en el pecho, inclinando la cabeza... y habiendo llegado los demás indios que estaban apartados, hicieron lo mismo, mostrándose muy amigables.²⁵

El párrafo nos da pie para la reflexión acerca del carácter dudoso de la comunicación que se estableció en aquellos episodios, así como la intervención del lenguaje no verbal para el

²⁴ *Ibid.*, pp. 258-259.

²⁵ *Ibid.*, p. 272.



reforzamiento de los mensajes, que eran de vital importancia para evitar, en lo posible, las confrontaciones. Aquellos que podían adivinar el sentido de una señal de paz eran los que tenían mayores posibilidades de sacar el mejor provecho de su estadía en aquellas tierras para ellos hostiles.

Los viajes de Francisco de Ortega, de los que encontramos mucha documentación en la colección de "Californiana", forman un episodio muy interesante en la historia de la exploración del norte de México, que ha sido relatado por Miguel León-Portilla.²⁶ Las hazañas de Ortega lo hicieron merecedor en ese texto del epíteto de "ingenioso", por parte del historiador, a raíz de que, con su sagacidad, consiguió hacerse a la vela en tres ocasiones, entre 1632 y 1636. Este insólito personaje no solo era, él mismo, capitán y constructor de barcos, sino que en sus viajes a la elusiva California llevó consigo un aparato parecido a una campana, para efectuar exploraciones submarinas, rasgo que no debe haber sido común en esos días.²⁷ Pero se reconoce su astucia, sobre todo, a partir de su hábil manera de redactar sus solicitudes, ya que, donde otros fracasaron, incluyendo a Vizcaíno, que quería regresar y no le fue permitido, él obtuvo licencia para explorar el litoral sudcaliforniano y fue un exitoso capitán de tres expediciones, que tuvieron como resultado el descubrimiento y la demarcación de diversos territorios, además de la imposición de nombre a accidentes geográficos tan importantes como las islas Espíritu Santo y Cerralvo, entre otros. Cuando analizamos este proceso febril en el que entraron

²⁶ Miguel León-Portilla, "El ingenioso don Francisco de Ortega. Sus viajes y noticias Californianas, 1632-1636", en *La California mexicana. Ensayos acerca de sus historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Universidad Autónoma de Baja California, 1995, pp. 151-188.

²⁷ La descripción del artefacto es citada por León Portilla, "El ingenioso...", p. 163, y dice: "asimismo registró y manifestó una campana de madera y plomo, artefacto nuevo y traza del dicho capitán Francisco de Ortega, para que puedan ir una o dos personas dentro della a cualquier cantidad de fondo, sin riesgo de ahogarse, aunque se esté debajo del agua diez o doce días".

los exploradores del nuevo continente de reconocer, demarcar y nombrar, hemos de comprender que el imponer nuevos nombres a objetos, lugares y personas es uno de los imperativos de la conquista. Al imponer un nombre, volvemos familiar lo desconocido y lo tornamos propio y reconocible.

En el proceso de nombrar los lugares recién descubiertos, los viajes de Cortés y los subsiguientes estaban destinados a hacer reconocimientos y demarcaciones, pero también a imponer nuevos apelativos a todos los accidentes geográficos, a partir de los cuales se creaban vínculos con grupos y personas destinados a mantener y apoyar la conquista. Así los viajes de exploración dirigidos por Francisco de Ortega dieron por resultado la imposición del nombre Cerralvo a cierta isla del Golfo de California, en honor del Virrey homónimo.

Siguiendo el testimonio de Diego de Nava encontramos otro dato de gran interés por su contenido revelador de las relaciones interétnicas en el sur peninsular, y la forma en la que los extranjeros comenzaban ya a intervenir, con inesperadas consecuencias. Nos relata el cura que en la bahía de La Paz fueron no solo testigos, sino protagonistas en un episodio de confrontación:

En uno de los días que allí estuvimos nos dieron a entender los indios cómo otros sus enemigos venían contra ellos, y que los favoreciésemos, haciendo señas que fuese en los arcabuces que ellos habían visto en la fragata, y por haber parecido que por la parte que ellos señalaban que era un monte muy espeso de mezquite y otros árboles, le levantaban las aves como huyendo, disparamos la artillería con que hubieron de volverse, pues los indios se [a] quietaron y quedaron agradecidos.²⁸

En la misma narración queda asentado que la intervención de los arcabuceros para ahuyentar a los “indios enemigos” hizo que las indias del grupo que había pedido el apoyo de los

²⁸ Mathes (comp), *Californiana II*, vol. I, p. 275.

extranjeros corrieran aterrorizadas a refugiarse en la chalupa en la que éstos habían llegado a la costa: “tantas que la anegaron, y una de ellas, sin reparar en que sus maridos son celosos, tiraba de un soldado y le decía por señas que disparara un arcabuz, que luego huirían los contrarios”.²⁹ Por otros documentos del mismo tomo, pero producidos en otro viaje posterior —realizado por Pedro Porter de Casanate en 1644— descubrimos que los parajes que había visitado Ortega estaban para ese tiempo en poder de otro grupo, probablemente los “enemigos” de los que habían recibido con tanta familiaridad a tripulaciones anteriores, y el relato nos los pinta como gente mucho más agresiva, con el cuerpo pintado y la nariz y orejas horadados, muy temerosos de los extraños, pues, al decir del testimonio, “no quisieron entrar en las naos aunque más los agasajamos. No eran indios marítimos como los otros que habíamos encontrado y traen con ellos continuas guerras”.³⁰

Los cambios en la dinámica social percibidos por los exploradores nos permiten corroborar la existencia, cuando menos en la porción sur de la península de California, de un delicado equilibrio entre los habitantes y los recursos de los que dependían para su supervivencia. Como sabemos, el sur es la porción con mayor humedad y, por tanto, la que podía sostener a un número más elevado de habitantes. Es muy probable que, tal y como se ha observado en otras regiones recorridas por cazadores-recolectores, los territorios no eran exclusivos, pero sí muy disputados por las distintas bandas, que los ocupaban por temporadas.³¹

Al parecer, el conocimiento que lograron los expedicionarios fue muy importante para posteriores viajes, aunque

²⁹ *Ibid.*, p. 352.

³⁰ *Ibid.*, p. 966.

³¹ Rosa Elba Rodríguez Tomp, *Los límites de la identidad. Los grupos indígenas de Baja California ante el cambio cultural*, México, Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2006, pp. 81-90.

económicamente no les fue muy bien. Entre otras muchas cosas, aprendieron algunas palabras en las lenguas aborígenes, recibieron de éstos algunas perlas acanaladas y trabaron relaciones muy intensas con varios de los grupos de indígenas con los que se toparon. Solo así podemos explicar la actitud de los nativos cuando, durante su tercer viaje, Ortega regresa a La Paz y encuentra que sus habitantes los reciben con alegría y que el líder del grupo había mandado, según sus palabras: “a sus vasallos [que] limpiaran el real donde estuvimos la segunda demarcación y hallamos el fuerte como lo dejamos, y la iglesia y todas las demás cosas que se nos habían quedado olvidadas, nos las tenían guardadas”.³²

Es también interesante asistir, a través de los documentos, al siempre solemne momento en el que se impone un topónimo, que, por otro lado, sigue en uso hoy en día. Por ejemplo, de la isla Danzantes, leemos que fue bautizada así por el capitán Ortega porque sus habitantes los recibieron “danzando y tocando flautas hechas de cañas”.³³

LAS CONSECUENCIAS DE LA CONVIVENCIA COTIDIANA

En su tercera entrega de documentos para historiar a la Antigua California, Michael Mathes seleccionó numerosos testimonios generados a partir del primer intento duradero de establecer un poblado. Nos referimos al que realizó el almirante Isidro de Atondo y Antillón, quien había sido nombrado gobernador de Sinaloa por el virrey-arzobispo Payo Enríquez de Rivera para que efectuara, por cuenta de la corona, un viaje destinado, no solamente a explorar, sino a colonizar el apenas conocido territorio. En la rica documentación encontramos memoriales, tanto de Atondo, como de Eusebio Francisco Kino, personaje fundamental en el

³² Mathes (comp.), *Californiana II*, vol. I, p. 459.

³³ *Ibid.*, p. 444.

devenir histórico que tuvo la Antigua California, quien, además de su labor como cartógrafo, tenía el encargo, junto con Matías Goñi, de iniciar la evangelización de los nativos.

Un interesante rasgo sale a luz al leer a tan distintos redactores, y es el de los desacuerdos, tanto sobre el carácter dócil o pendenciero de los nativos, como sobre las medidas a tomar para proteger la fundación de posibles ataques, pues la pluma de Atondo se erige en defensora de la fuerza para imponer el orden en la bahía de La Paz, sitio en el que desembarcaron con el propósito de establecer un poblado permanente; mientras que la de Kino reprocha los excesos de violencia ejercida en contra de los lugareños, que, como da a entender el religioso, fueron la causa por la que finalmente todos tuvieron que abandonar el sitio. El acontecimiento es narrado por el almirante de este modo: ante un grupo de indígenas que, según Atondo, pretendían tenderles una emboscada,

Porque no padeciesen algún notable descrédito nuestras armas por unas tan débiles como las de estos guaycuros o por el poco valor que mostraban los nuestros, determiné evitar [que] ejecutasen su traición, dándoles una rociada antes que nos avanzasen. Hice doblar los centinelas y el día señalado venían simulados dejándose ver de dos en dos los capitanes y más principales, hasta diecinueve... Cuando reconocí [que] estaban juntos los de mayor suposición mandé disparar un pedrero y algunos arcabuces de que cayeron diez y desde el navío miraban los que iban heridos cayendo y levantando y los muchos que iban huyendo de la emboscada por el ruido de la carga y al mismo tiempo dispararon algunas flechas que metieron dentro de nuestra trinchera.³⁴

El padre Kino, por su parte, en una carta al Provincial Bernardo Pardo le notifica que habían tenido que abandonar el real de

³⁴ Mathes (comp.), *Californiana III. Documentos Para la historia de la transformación colonizadora de California, 1679-1686*, 3 vols., Madrid, José Porrúa Turanzas editor, 1974, vol. II, pp. 254-255.

La Paz sin bastimentos y muy temerosos, pues los indígenas, “aunque hasta los fines de junio estuvimos con mucha paz con ellos y nos venían a ver casi todos los días trayéndonos fruta y pescado... Pero después que se les prendió uno de ellos y se les mataron diez u once personas de las más principales con un tiro de un pedrero, aquí ya no nos venían a ver ni teníamos esperanzas de que en muchos meses habían de olvidarse del daño que de nuestras armas habían recibido.”³⁵ El padre, angustiado porque todo su trabajo de meses iba a tener que ser abandonado, suplicaba a las autoridades: “que manden que esta conquista se procure hacer con paz y amor y no con demasiado rigor de armas, pues con los rigores se huyen los indios y se retiran y desamparan en los montes, cuando con la paz y agasajo y caridad cristiana acudieran muchísimas almas a hacer cuanto les enseñáremos”.³⁶

Después del rotundo fracaso que los llevó a tener que abandonar la primera fundación, Atondo y su gente fueron a dar a un paraje, al norte de La Paz, hacia los 26° de latitud, al que denominaron Real de San Bruno. En una instrucción de algún representante de la Corona, que llega hasta nosotros gracias a que fue incluida en el volumen, la autoridad pide al almirante que cuidara de dar trato amable a los indios del lugar: “que los autos y diligencias que hiciere no use la palabra conquista, sino pacificación y población”.³⁷ Esa frase es muy significativa pues nos habla de la importancia que, tanto ayer como ahora tiene la forma de llamar a las cosas para que estas adquieran, aun para el mismo protagonista de algún acontecimiento, un cariz totalmente diferente. El Atondo que había decidido “dar su merecido” a los nativos en la bahía de La Paz era sin duda un conquistador, mientras que la autoridad le pedía que actuara como un colonizador. También le pedía que evitara caer

³⁵ *Ibid.*, p. 329.

³⁶ *Ibid.*, p. 329.

³⁷ *Ibid.*, p. 373.

en algunos de los errores que habían costado vidas o cuando menos situaciones difíciles con los nativos en el pasado: "que no se embarace en guerra alguna entre unos y otros indios, ni los revuelva en cuestiones, ni haga daño, ni les lleva cosa contra su voluntad de sus bienes..." Además, como en todos los viajes de reconocimiento, se le pedía que investigara: "si hay metales, especiería, cosas aromáticas, piedras preciosas de las que se estiman en los reinos de Su Majestad."³⁸ Todo ello para que se supiera por fin si aquella lejana tierra podría reportar algún beneficio o solamente el obligado gasto que representaría para el rey la evangelización de aquellas poblaciones.

En el Real de San Bruno sucedieron cosas de gran impacto para el destino que tuvo la iniciativa real, al decir de sus protagonistas. Podemos imaginar el sitio como un enorme laboratorio en el que se ensayaban acercamientos y formas de comunicación y trato que resultaran satisfactorias para lograr los fines que aquellos exploradores perseguían. En alguno de los múltiples viajes de exploración los españoles habían tratado de averiguar por anticipado la calidad del camino, y así lo cuenta el almirante mismo: "fuimos por una cañada que los gentiles que nos guiaban dijeron ser buena para poder ir los caballos y habiendo andado más de cuatro leguas y media no pudieron las cargas y caballos pasar adelante".³⁹ La primera pregunta que surge de este pasaje es: de qué manera había sido entendido el mensaje, por parte de los indios, de que los viajeros querían llevar bestias y bastimento a través de las serranías, y cómo, a su vez, comprendieron éstos que era posible hacerlo. Para los forasteros era de gran importancia la localización de las fuentes de agua, pues no era posible seguir una ruta por varios días si no se encontraba forma de saciar la sed. De manera que las búsquedas fueron constantes y algunas de ellas tenían recompensa con el hallazgo de los ansiados lugares de aprovisionamiento.

³⁸ *Ibid.*, p. 373.

³⁹ *Ibid.*, p. 379.

Los indios que servían de guía, sin embargo, deben haberse sentido francamente confundidos ante las constantes exigencias de sus visitantes. Uno de estos episodios es relatado como sigue:

“...proseguimos los de a caballo hasta seis leguas por unos llanos muy espaciosos donde encontramos indios de diversa lengua, nos regalaban con pitahayas; para descubrir tierras y aguajes les manifestaba sed y por conseguir más, reprobaba lo que nos daban, hasta que conseguí en dichas seis leguas cinco aguajes con mucha eficacia.”⁴⁰

Pero también los nativos participaban en las pruebas, hacían seguramente sus apuestas y actuaban en consecuencia para sacar el mejor partido posible de aquellos desconocidos y extraños personajes para ellos. La presencia de las grandes embarcaciones era para los locales una prueba del poder que los fueños ejercían sobre el real y sus inmediaciones. Cuando las naves salían para ir a la contracosta por víveres, aprovechaban para tomar aquello que les era máspreciado: Nos informa Atondo. “Al otro día que se fue la [nave] capitana y que ellos nos vieron en sus tierras sin navío y sin género de defensa, a su entender, nos hirieron dos caballos, que trajeron a mi presencia, con las flechas, arrastrando...” Entonces, sigue el relato del almirante, que no puede dejar de estremecernos por la crueldad con la que impone el orden a través del terror: “los reprendí con tal dureza que salió de entre nosotros huyendo el que los flechó; mandé [a] dos soldados, los más inmediatos, [que] lo matasen y teniéndolo a boca de cañón pasaron las balas por los lados”.⁴¹ En medio de lo que seguramente fue un episodio aterrador para todos los indios ahí congregados –más de trescientos, según el testimonio–hubo una desbandada, pero, dos horas después, “se apareció un viejo”, al que Atondo mostró

⁴⁰ *Ibid.*, p. 383.

⁴¹ *Ibid.*, p. 382.

las heridas de los caballos. Ocurrió entonces un fenómeno que no sabemos cómo interpretar, pero que se inscribe en esta serie de eventos muy comunes en la conquista de América, en los que miembros del grupo invadido en sus espacios cotidianos por los conquistadores tuvieron que realizar acciones totalmente contrarias a sus mundos de vida, al verse avasallados por la fuerza de las armas: el indio se hizo cargo de los caballos, que para él, como para todos los cazadores-recolectores, eran presas, es decir, comida, y, continúa la crónica: "le chupó la sangre y les trajo yerba; [los indios] tuvieron con su curación tanto cuidado que todos los días al salir el sol los venían a ver trayéndoles comida hasta que sanaron".⁴²

El simbolismo necesario para mantener la cordura en aquel entorno tan hostil desde el punto de vista de los extranjeros, incluía todo el ceremonial que pudiera hacer a los involucrados en la colonia recordar que la encomienda en la que participaban era importante para el rey de España. Lo que hacía la diferencia era que progresivamente cada uno iba estando en condiciones de prever las acciones del otro, esto podría ir aliviando un poco la tensión entre ellos, pues cada acción realizada por uno de ellos ya no constituiría una fuente de asombro para el otro. Cada cual conocía ya la fuerza y capacidades del otro; la institucionalización de las costumbres europeas en tierra californiana empieza a dar sus frutos, como se observa en el momento en que los naturales "aceptan y agradecen" la ropa que les llega desde España.

En efecto, con toda solemnidad se anuncia en un testimonio que Su Majestad había hecho una donación de ropa: "para los gentiles deste reino de la California, [consistente en] cantidad de frazadas, huipiles, enaguas, cotones, tilmas y sombreros".⁴³ Por tal motivo, certifica Atondo:

⁴² *Ibid.*, p. 382.

⁴³ *Ibid.*, p. 500.

Doy fe cómo el día de San Carlos, 4 de noviembre de este presente año de 1684, habiendo hecho salva real y dicho la misa en nombre de nuestro católico rey que Dios guarde, con la noticia de la limosna antecedente que se dio en nombre de Su Majestad a las rancherías de la nación didiu que habitan en este valle, concurrió mucho gentilismo de la nación edú, que son de diferente lengua que los que habitan este valle, el cual dicho gentilismo, viendo el aprecio que hacen de la ropa, principalmente en este tiempo de fría, se les repartió de dichos cinco fardos... a todos los hombres, mujeres y niños de dicha nación.⁴⁴

No sabemos cómo fue en realidad recibida la ropa por los naturales, sin embargo, es interesante conocer la procedencia de las prendas, todas ellas de origen indígena, pero de regiones muy distantes de la península, tanto física como culturalmente. Esto nos hace pensar que los indios, como conquistados, eran puestos por los conquistadores en un mismo plano de valoración con respecto a sus conquistadores, quienes suponían que las enaguas de Xilotepec, las frazadas mestizas, los cotones blancos y azules y los huipiles para niñas habían de ser muy apreciados por los desnudos nativos peninsulares al igual que lo eran entre los nativos de Mesoamérica.

Tampoco nos es dado averiguar el destino que corrían aquellos indígenas peninsulares que eran llevados por las embarcaciones españolas a otras partes del virreinato, pero sabemos que, como en todos los viajes de exploración, era costumbre embarcar a algunos nativos para llevarlos como muestra viva de la población ahora sujeta al mando español. En una carta escrita por el padre Kino encontramos una alusión a esta práctica. El religioso cuenta cómo había regresado la nave almiranta que había sido enviada a las misiones del yaqui por recursos para la subsistencia de San Bruno, y que entre su tripulación venía de regreso a su tierra un indio que había

⁴⁴ *Ibid.*, p. 501.

sido llevado en un viaje anterior, del que afirma: "que fue con mucho gusto y como era el primero que de estas tierras había salido y vuelto a ellas tuvo tantas cosas que contar de aquellas misiones y del buen trato que en todas partes se le había hecho, que estos naturales han quedado muy satisfechos".⁴⁵ Continúa el recuento del padre sobre otros que también se atrevieron a hacer el viaje: "más de entrambas naciones [se refiere Kino a las etnias que habían sido reconocidas como frecuentes visitantes de San Bruno: los didius y los edúes] y en la última fue el mismo capitanejo de los edúes, llamado Dionisio, y así él, como el capitanejo de los didios, llamado Leopoldo, están prontos para que, si yo paso a México, de venir a ponerse a los pies de Vuestra Excelencia".⁴⁶

Resulta de gran interés el conocer, gracias a estos documentos, formas de interacción individual que se daban en la cotidianidad de la vida en San Bruno. Gracias al otorgamiento de nombres del santoral cristiano a algunos de los nativos más conspicuos, podemos ahora hacernos una idea de que también del lado de los conquistados hubo algún protagonismo. Y es que, como en todos los grupos humanos, algunos líderes, más osados que el común de sus congéneres, se desenvolvían con mucha mayor familiaridad entre los extranjeros. Estos dos indios: Dionisio y Leopoldo, así llamados "capitanejos" de sus grupos, aparecen en varias narraciones. Una de ellas hace alusión a una ceremonia multitudinaria en la que:

...el indio capitán de la nación didiú, a quien llamamos Leopoldo (aunque no está bautizado) subió a lo alto de un cerro vestido con una red de hilo toda poblada de madejitas de cabellos que le cubría desde los hombros a los íes a modo de turca y en la cabeza una como toca o capelo hecha de plumas de varios colores que le cae sobre los hombros, y en la mano derecha una pala blanca con dos agujeros

⁴⁵ *Ibid.*, p. 520.

⁴⁶ *Ibid.*

cuadrados del largor de una vara y en la izquierda su arco y flechas, y que habiendo subido sobre una peña que está en la cumbre de dicho cerro dio grandes alaridos e hizo muchos ademanes; habiendo estado un rato sobre dicha peña bajó con tanta violencia que les causó admiración; y que salieron muchos a recibirlo, y que dentro de una hora subieron otros gentiles que serían catorce, con dicho capitán, vestidos del mismo género, y que pasando por debajo de dicha peña sin parar bajaron a la ranchería.⁴⁷

Lo que presenciaron los soldados de San Bruno tiene, desde luego, un gran valor etnográfico por el detallado recuento de las características de lo que parece haber sido una importante celebración, dirigida por catorce chamanes, en la que, durante varios días estuvieron reunidos un significativo número de participantes –algunos de los testimonios señalan entre 2 000 y 3 000–.⁴⁸ Muchos más detalles son mencionados en las declaraciones; por ejemplo, que la gente que participaba en la procesión hacía reverencias “a un bulto del tamaño de un niño recién nacido, con la cara embijada de negro y su melena larga y tres plumeros blancos en la cabeza...”; que todos en fila llegaron a una especie de altar “donde tenían clavado un palo de pitahaya y junto a él un horcón más bajo que dicha pitahaya y que en la punta de éste estaban puestas unas riendas de varas de árbol que llaman copale y sobre de ellas tejido de ramas de dicho árbol...”⁴⁹

Durante dos días los soldados atestiguaron distintas partes del ritual: “Salían unos tras otros entreverados hombres y mujeres, y daban una gran carrera y el capitán, en llegando al fin de ella con toda su gente paraba junto al dicho bulto y empezaban a hablar todos, y a un mismo tiempo se bajaban haciéndole una humillación...”⁵⁰ En momentos, incluso se sintieron

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 524-525.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 485.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 526.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 525-526.

atemorizados por el ruido y las veladas amenazas que pudieran derivarse de tan incomprensible comportamiento: "el postrer día del baile al cuarto del alba dieron tan grande alarido que obligaron a la infantería a coger sus armas creyendo los venían avanzar..." Finalmente, "oyeron gran llanto en las mujeres y dentro de breve rato empezaron a cantar y continuaron todo el día con gritos y bailes, a pausas, y que al ponerse el sol se sentaron en rueda en varias partes y les comenzaron a repartir de dicha semilla *medese* que tenían amontonada delante de dicho bulto".⁵¹

El haber presenciado lo que seguramente fue una celebración relacionada con los ciclos de abundancia y escasez alimenticia a los que todas las sociedades de cazadores-recolectores se ven enfrentados, produjo innegable curiosidad en los observadores y, para nuestra fortuna, queda asentado en su declaración un interrogatorio al que sometieron al más desenvuelto de los protagonistas indígenas, el audaz Leopoldo, quien llegó junto con otro de los chamanes a pedirles comida: "preguntándole qué figura era aquella que tanto habían celebrado, dieron a entender dichos gentiles que era el que les daba el mantenimiento, y el que, cuando llueve, baja del cielo a regalarlos y traerles las pitahayas y el *medese*, y que ya se había vuelto al cielo". A la respuesta de los indios, agregaremos un comentario por demás interesante, porque refleja las distintas formas en las que dos grupos humanos, sin importar lo diferente de su cultura, se representan el mundo a través de símbolos: "los soldados los amonestaron diciendo que la Santa Cruz era mejor, a lo cual respondió el indio, 'pues dile a esa cruz que está ahí que te dé de comer...'"⁵²

Cuando reconocemos que, sin abundar en los detalles que conforman el bagaje simbólico al que denominamos religión,

⁵¹ *Ibid.*, pp. 525-526.

⁵² *Ibid.*, p. 528.

ésta es, tal como afirma Clifford Geertz,⁵³ un sistema cultural de símbolos y significados relacionado con el destino humano y el orden general del universo; podemos comprender la magnitud del choque que hubo entre conquistadores y conquistados cuando se trató de generar cambios fundamentales en las prácticas y representaciones religiosas.

A través de los documentos recopilados en el tercer volumen de *Californiana III*, vamos siguiendo la angustiada búsqueda de Atondo de lugares que pudieran ofrecer alguna posibilidad de dar continuidad a su fundación. Continuamente es mencionado el hecho de que no hallaban agua ni tierra suficiente para garantizar algún éxito en la producción de sus propios alimentos. Los soldados que lo acompañaban, enfermos y desesperados, suscribieron un documento en el que suplicaban a su jefe el abandono del real.⁵⁴ Aun ante el desolador panorama que se percibe para los miembros de la expedición, muchos datos interesantes salen a la luz sobre parajes y gente que interactúa con los extranjeros.

Para muchas reflexiones más alcanza el conjunto de documentos sobre el que hemos hablado, pero para los fines de este trabajo solo agregaremos que, coincidiendo con el pensamiento de Berger y Lukmann,⁵⁵ podemos establecer que las acciones observadas por otro entrañan necesariamente cierta tipificación por parte de éste. En el caso de la California vislumbrada a través de los relatos aquí comentados, para que se produjera la clase de tipificación descrita, fueron necesarios múltiples encuentros a fin de lograr una incipiente situación social continua en la que las acciones habitualizadas de los grupos e individuos involucrados se fueran comprendiendo y quizá en algunos casos complementado, aunque en otros, las costumbres, las formas

⁵³ Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1997, p. 87.

⁵⁴ Mathes (comp.), *Californiana III*, vol. III, pp. 582-587.

⁵⁵ Berger y Lukmann, *La construcción*, 2006, p. 86.

de vida resultaban tan extrañas a los territorios culturales indígenas que nunca pudieron ser interpretadas ni asimiladas.

OBRAS CITADAS

- BERGER, Peter y Thomas Lukmann, *La Construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006.
- DEL RÍO, Ignacio, *A la diestra mano de las indias. Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.
- GEERTZ, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1997.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, "El ingenioso don Francisco de Ortega. Sus viajes y noticias Californianas, 1632-1636", en *La California mexicana. Ensayos acerca de sus historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Autónoma de Baja California, 1995, pp. 151-188.
- MATHES, Miguel, (comp.), *Californiana I. Documentos para la historia de la demarcación comercial de California, 1583-1632*, 2 vols., Madrid, José Porrúa Turanzas Editor, 1965.
- , *Californiana II. Documentos para la historia de la explotación comercial de California, 1611-1679*, 2 vols., Madrid, José Porrúa Turanzas Editor, 1970.
- , *Californiana III. Documentos Para la historia de la transformación colonizadora de California, 1679-1686*, 3 vols., Madrid, José Porrúa Turanzas editor, 1974.
- , "Las Californias: descubrimiento, exploración e intentos de colonización, 1533-1668", en Catalina Velázquez Morales (coord.), *Baja California. Un presente con historia*. 2 vols., Mexicali, B. C., Universidad Autónoma de Baja California, 2002, vol. 1, pp. 67-72.
- MORIN, Edgar, *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa, 2007.

RODRÍGUEZ TOMP, Rosa Elba, *Los límites de la identidad. Los grupos indígenas de Baja California ante el cambio cultural*, México, Instituto Sudcaliforniano de Cultura, 2006.

RICOEUR, Paul, *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI Editores, 1995.

TODOROV, Tzvetan, *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI Editores, 1995.